

La evanescencia de lo sólido

Manu Sanz

Comisario:
Bernabé Gómez Moreno



La evanescencia de lo sólido

Bernabé Gómez Moreno
Comisario

Desde tiempos remotos, los seres humanos han sentido una especial fascinación por los espejos. El reflejo que nos ofrecen de la realidad siempre ha cautivado e inspirado profundamente a pensadores y creadores de todas las épocas y culturas, que han encontrado en el espejo un objeto fetiche para tratar transversalmente temas propios de la metafísica como la esencia del ser y la percepción del espacio y el tiempo. Pero, realmente ¿qué hay detrás del espejo?, ¿lo que vemos es la realidad o es sólo una ilusión?. Es más que evidente que cuando nos situamos delante de un espejo obtenemos una imagen especular más o menos fidedigna de la realidad. Un reflejo único, fugaz y temporal de nuestra apariencia y de lo que está a nuestro alrededor que nos convierte en testigos y protagonistas de un espacio vital y de nuestra propia fisicidad. Sin embargo, al contrario de lo que podría parecer, esa imagen proyectada ante nuestros ojos siempre nos produce una cierta desafección. Un hábito de extrañeza y de misterio al ver nuestra imagen en otro espacio que nos cuesta reconocer; como sucede cuando escuchamos por primera vez nuestra voz grabada. Intuimos que existe un distanciamiento entre la realidad y lo que percibimos como real; es como un espejismo. En el



reflejo, la realidad y la apariencia se unen, se diluyen, y como todos sabemos, las apariencias engañan. Lo que vemos no es la realidad, es, tan solo, una ilusión de la realidad y, aunque caigamos en una cierta contradicción, hay que dejar claro que lo que nos ofrecen es una dimensión filtrada e interpretada de lo real que, como bien decía Gombrich “es difícil de describir o de analizar, ya que, aunque intelectualmente podamos tener conciencia del hecho de que toda experiencia dada tiene que ser una ilusión, no somos, hablando con propiedad, capaces de observarnos a nosotros mismos en cuanto que presa de una ilusión” (Gombrich, 2013:35).

Entonces, se podría decir que lo que vemos es tan solo una ilusión de la verdad, una apariencia fútil y vacua, y que nuestra percepción de lo real está completamente tamizada. Es decir, vivimos en una ilusión permanente, en un matrix continuo, y que, por mucho que veamos la realidad reflejada en los espejos, es nuestra mente, aliada con la imaginación, la que tiñe de real las apariencias dando significado a lo real, a lo verdadero. Así pues, la realidad no es más que una construcción individual y/o cultural del ser humano, que es quien la modifica, altera e incluso la llega a crear a su antojo. Y los espejos nos lo recuerdan constantemente. Que la realidad es mutable, inconsistente, evanescente y ligera, “Jamás habíamos vivido en un mundo material tan ligero, fluido y móvil” (Lipovetsky, 2016, p.7). Por tanto, lo que nos muestran día a día los espejos es que estamos pasando de un espacio a otro continuamente y, como nos advertía Georges Pèrec en su ensayo *Especies de espacios*, evitando hacernos daño “Vivir es pasar de un espacio a otro haciendo lo posible para no golpearse” (Pèrec, 2001, p.25), para no perdernos en el camino entre los infinitos vacíos que llenamos.

Así lo supo plasmar Lewis Carroll en su conocida obra *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*, cuando utilizó el espejo



como un portal para adentrarse en una realidad paralela. Dibujó un mundo alternativo, descompuesto y carente de lógica aparente que aportaba nuevas formas de enfrentarse a lo convencional. Y es que, como bien nos enseñó, “La imaginación es la única arma en la guerra contra la realidad” y, en ese sentido, la creación artística es la llave más apropiada. Desde tiempos inmemorables la creación artística ha utilizado todos sus recursos para crear nuevos portales y ofrecernos nuevas dimensiones inexploradas de convivir con lo real. El arte, al igual que el espejo, debe servir de catalizador para adentrarnos en nuevas dimensiones de la realidad. Ha de servir para llevarnos a la infancia nuevamente, como si volviéramos a nacer al estilo Bella Baxter, para volver a conquistar esos *no lugares* que describía Marc Augé, “La experiencia alegre y silenciosa de la niñez es la experiencia del primer viaje, del nacimiento como experiencia primordial de la diferenciación, del reconocimiento de sí como uno mismo y como otro que reiteran las de la marcha como primera práctica del espacio y la del espejo como primera identificación con la imagen de sí” (Augé, 2000, p.89). Y es aquí donde radica la grandeza de la creatividad, y desde donde parte la inspiración de Manu Sanz, quien entiende a la perfección que la creación artística es la mejor herramienta para desafiar y dinamitar la realidad por completo y así poder reconvertirla nuevamente desde la imaginación, con el objetivo de descubrir nuevos espacios, probables o improbables, pero que desvelen nuevos territorios ignotos e inexplorados que despierten al explorador más aplomado en busca de nuevas realidades.

La exposición *La evanescencia de lo sólido* que Sanz presenta en la Sala de exposiciones de Vista Alegre de Torrevieja (Alicante) consiste en un viaje escultórico retrospectivo pausado y sereno donde nos muestra su habilidad para moldear el espacio a su antojo y demostrarnos que lo que percibimos es solo una fútil

ilusión de la realidad. Que lo que vemos, oímos, tocamos y sentimos es tan solo una ilusión, y que, al igual que un espejo, se puede deformar, enturbiar y fragmentar para crear nuestra propia realidad; algo así como la magia. Por consiguiente, cada una de sus obras es un testimonio de la capacidad axiológica del arte para esculpir dimensiones imaginarias; invitándonos a explorar la intersección entre lo tangible y lo etéreo. Así pues, sus esculturas se convierten en puertas abiertas a otros universos; cronotopías infinitas que desafían nuestras convicciones más sólidas y las expanden hasta los límites de lo posible.

Tras una sobresaliente trayectoria formativa en la Universidad Miguel Hernández de Elche, el trabajo de Manu Sanz se está abriendo paso dentro del panorama artístico alicantino, principalmente gracias a su íntegra concepción de la escultura y a su férrea consistencia temática. En general, sus obras se nutren de ilusiones ópticas que desafían y alteran la percepción de las dimensiones, desde las más simples y clásicas, como las de Müller-Lyer, Ponzo, Ebbinghaus o Delboeuf, hasta las más sofisticadas, como las del matemático y artista japonés Kokichi Sugihara que nos muestran visiones diferentes de un objeto tras su reflejo en un espejo. Esta es la obsesión que persigue Sanz desde sus orígenes, mediante sus instalaciones nos muestra formas y objetos imposibles para hacernos dudar de nuestros sentidos y, con ello, dudar de nuestra idea preconcebida de lo que percibimos y llamamos realidad. Esto le ha llevado a crear nuevas dimensiones espacio-temporal que él llama desde sus inicios *espacios improbables*. Por tanto, mediante el empleo de ilusiones ópticas crea nuevos espacios, lugares mágicos por donde transitar y desafiar nuestra percepción, generalmente a través del reflejo de los espejos y de otros elementos fetiches como la escalera y los taburetes.



¿Dónde tengo que ir? (2019)

Las escaleras, al igual que los espejos, también son una constante en su trabajo escultórico de Sanz. La idea de recorrido romántico para traspasar el espejo y adentrarnos en otra realidad es plasmada metafóricamente a través de este elemento que a menudo se refiere al proceso mental de ascender hacia un mayor entendimiento o hacia la búsqueda de la verdad. A nivel visual, Sanz establece juegos arquitectónicos que nos recuerdan a las ilusiones ópticas del famoso artista gráfico M.C. Escher. Estas ilusiones se caracterizan por representar una serie de escalones que parecen subir o bajar infinitamente, creando una apariencia de una estructura imposible; como podemos apreciar en *Doble realidad 2* (2017) o *Doble espacio 2* (2017), donde las escaleras se pierden para abrir la puerta a un mundo improbable donde la gravedad y la geometría escapan a toda lógica. En este sentido, son sumamente interesantes sus obras de pequeño formato formadas por un espejo, que simula una puerta, y una escalera; como en *¿Dónde tengo que ir?* (2019) o *¿Dónde estás?* (2019) ya que la visión que se tiene de una puerta es la de darnos paso a otro mundo; como antes mencionaba con Alicia entrando en el país de las maravillas. Si juntamos todos estos referentes, espejo, escalera y puerta, nos encontramos con unas esculturas que desafían la percepción y que dan rienda suelta a la imaginación en busca de un viaje expedicionario e inquietante para desentrañar los misterios tradicionales de la metafísica. Que en definitiva son las preguntas fundamentales que cimentan toda la base teórica y conceptual de la obra escultórica Sanz. Cuestiones sobre la naturaleza de la realidad, la existencia, el tiempo, el espacio, la causalidad, la mente y el ser.

En particular, existe en toda su obra un interés epistemológico por desentrañar las preguntas relacionadas con el conocimiento y



¿Dónde estás? (2019)

la realidad. El hecho de incorporar frecuentemente símbolos que nos remiten al crecimiento y la búsqueda -como la escalera y la puerta-, revela un interés y un enfoque fenomenológico que, como pretendía Hegel, invita a la búsqueda del saber absoluto a través de mantener una consciencia activa. Y es que, como dice Sanz, mediante estos elementos se “induce al espectador a la reflexión al caminar a su alrededor y al transitar mentalmente los lugares de sus distintas realidades”. Lo que sí que es cierto, es que estas esculturas nos interrogan y nos hacen preguntas incómodas sobre lo que creemos conocer; ¿cómo conocemos lo que conocemos?, ¿qué es la verdad?, ¿se puede llegar a la verdad?. En definitiva, la realidad somos nosotros y nuestra circunstancia, aludiendo a la famosa frase de José Ortega y Gasset, “yo soy yo y mi circunstancia”, por tanto, “yo soy mi realidad”, Y esto es lo que nos enseñan sus esculturas, nos presentan la apariencia como un gran interrogante vinculado al concepto de *Unus mundus* de Jung, para afirmar con rotundidad la volatilidad del concepto de lo real. No obstante, esta concepción metafísica de sus obras se relacionan con una visión de la creación artística, como decía anteriormente, mágica, que interpela a la capacidad del artista para redefinir la realidad y situarlo en un pedestal cercano a lo divino. Por tanto, el artista se presenta deliberadamente como un dios creador capaz de construir mundos imaginarios y realidades paralelas que ponen en cuestión la naturaleza de lo divino y la misma existencia de Dios. Por eso, no es de extrañar que en esculturas como *Espacio improbable 5* (2018) y *Espacio improbable 6* (2018) encontremos elementos dorados que se suspenden en el espacio y que nos remiten directamente a lo divino, a lo etéreo y a lo omnipresente como forma de representar el alma, ya que, como decía Jung, el arte es la manifestación más pura del alma humana.



En este sentido, existe un interés casi permanente en toda su obra por la evanescencia con una finalidad casi obsesiva por abordar temas como la temporalidad, la impermanencia, la fragilidad, la transformación, la desaparición y la metamorfosis; puntos de anclaje necesarios para expresar la naturaleza efímera y transitoria de la existencia humana y la percepción de su presencia en el mundo. En particular, me parece relevante el tratamiento de las sombras y los juegos de luces en sus instalaciones, como podemos ver en *Realidad paralela* (2018), ya que capturan momentos efímeros o estados de transición como la naturaleza cambiante del paisaje, el paso del tiempo en la vida humana o la fugacidad de las emociones. También la evanescencia nos remite a conceptos como la transitoriedad, la fragilidad del devenir de la existencia, e incluso a la mortalidad. Temas que provienen del concepto budista de *anitya*, que significa en sánscrito que todo es inestable. Esto se refleja en obras como en *Sin título* (2023) donde un conjunto de taburetes transparentes muestran la decadencia de su estructura rígida, su paulatina desaparición y su disolución e inevitable fusión en el todo. Además, la evanescencia puede estar vinculada a la memoria y a la nostalgia, ya que implica la desaparición gradual de cosas pasadas, e incluso puede estar asociada con procesos de transformación y metamorfosis; como muestra en su obra *Sin título* (2023) donde un taburete de madera con sus patas disueltas es transformado y despojado de su utilidad; desdibujando los límites de la realidad objetiva. Una transición de un estado sólido a otro voluble que representa sutilmente el continuo devenir de la experiencia humana. Y es que, como decía anteriormente, el hecho de modificar la realidad dota al creador de ese misticismo devoto que tienen los grandes artistas. Una capacidad única y fascinante que da luz a todas las personas que se dejan guiar por su camino.



En conclusión, las esculturas de Manu Sanz tienen ese halo catártico que se le puede pedir a una obra de arte que se precie. Una reflexión profunda en torno a lo que somos y en cómo percibimos el mundo, además de una factura técnica impecable. Son como piezas angulares para descubrir, cuestionar, interrogar y aniquilar la realidad, con la intención de desvelar otros mundos, probables o improbables, pero siempre posibles desde la exasperación vital y la creatividad artística. Nos muestra, de una forma sublime, que el arte tan sólo sirve para elevarnos y alejarnos de la realidad para volver a ella convertida en algo inestable, donde lo sólido se desvanece y se reconstruye permanentemente en un bucle infinito. Así pues, la conclusión a la que nos lleva esta muestra es que el concepto de realidad es algo voluble, efímero y evanescente que se desdibuja y se moldea en nuestras mentes gracias a nuestra imaginación. La realidad somos nosotros y nosotros somos polvo, eso sí, como decía Carl Sagan, polvo de estrellas.

BIBLIOGRAFÍA

Gombrich, E. H. (1997 [1960]). *Arte e ilusión. Estudio sobre la psicología de la representación pictórica*. Madrid: Phaidon

Jung, C. G. (2009). *La vida simbólica*. Madrid: Trotta

Lipovetsky, G. (2016). *De la ligereza. Hacia una civilización de lo ligero*. Barcelona: Ediciones Anagrama

Ortega y Gasset, J. (1999 [1925]). *La deshumanización del arte*, Madrid: Espasa Calpe

Pérez, G. (2001 [1999]). *Especies de espacios*. Barcelona: Montesinos.

